

# CÓMO TIENE ÉXITO EL PSICOANÁLISIS



**TEXTOS DE ORIENTACIÓN**  
hacia las #32 Jornadas Anuales de la EOL

## Análisis terminable e interminable

Sigmund Freud



TEXTOS DE ORIENTACIÓN

32J

# Análisis terminable e interminable<sup>\*1</sup>

Sigmund Freud

(1937)

## Nota introductoria

Este trabajo fue escrito a comienzos de 1937 y publicado en junio de ese año. Junto con el que le sigue en este volumen, «Construcciones en el análisis» (1937*d*), constituyen los últimos artículos estrictamente psicoanalíticos de Freud que vieron la luz durante su vida. Casi veinte años habían transcurrido desde que diera a publicidad una obra dedicada puramente a la técnica del psicoanálisis —«Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica» (1919*a*)—, si bien en otros trabajos suyos se había ocupado, por supuesto, de los problemas que esta plantea.

Su primera reseña del modo en que opera la terapia psicoanalítica se encuentra en la 27<sup>o</sup> y la 28<sup>o</sup> de sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17). Volvió sobre el tema, en forma mucho más sucinta, en la 34<sup>o</sup> de las *Nuevas conferencias* (1933*a*), *AE*, 22, págs. 140-5. Los lectores de estos textos se han mostrado a veces sorprendidos por las diferencias que el presente trabajo parece tener con respecto a aquellos. Estas aparentes divergencias requieren ser examinadas.

En su conjunto, el artículo deja una impresión de pesimismo en relación con la eficacia terapéutica del psicoanálisis. Destaca de continuo sus limitaciones e insiste en las dificultades del procedimiento y los obstáculos que se levantan en su camino. Tal es, de hecho, su tema principal. No obstante, no hay en esto nada totalmente novedoso. Freud siempre fue muy consciente de las barreras que se oponían al éxito del análisis y estuvo dispuesto a investigarlas. Por otra parte,

1 {Corresponde a la llamada que aparece en el título, supra, pág. 211.) Téngase presente que el título admitiría esta otra versión: «El análisis finito y el análisis infinito».

jamás dejó de subrayar la importancia de las aplicaciones no terapéuticas del psicoanálisis –dirección en la cual se inclinaban sus preferencias personales, sobre todo en los últimos años de su vida–. Se recordará que en esos breves párrafos sobre técnica de las *Nuevas conferencias* escribió: «Nunca fui un entusiasta de la terapia» (AE, 22, pág. 140). No hay, entonces, nada imprevisto en la frialdad que muestra en este artículo hacia las ambiciones terapéuticas del psicoanálisis ni en la enumeración de los escollos que enfrenta. Lo que tal vez provoca mayor sorpresa son ciertas características del examen a que somete la naturaleza y causas subyacentes de tales escollos.

Es digno de nota, en primer lugar, que los factores sobre los que hace principal hincapié son de índole fisiológica y biológica, y por consiguiente insusceptibles, en lo fundamental, de influencia psicológica; tales, por ejemplo, la relativa intensidad «constitucional» de las pulsiones (págs. 227 y sigs.) y la debilidad relativa del yo por procesos fisiológicos como la pubertad, la menopausia y la enfermedad física (págs. 228-9). Pero el estorbo más poderoso y el que se halla fuera de toda posibilidad de control es la pulsión de muerte, a la que dedica un largo pasaje (págs. 244 y sigs.). Freud nos sugiere aquí que ella no sólo es responsable de gran parte de la resistencia que se encuentra en el análisis (como ya lo había apuntado en escritos anteriores), sino que es en verdad la causa última del conflicto anímico (pág. 246). Empero, tampoco en esto hay nada revolucionario. Cierto es que Freud insiste más que lo habitual en los factores constitucionales al hablar de los impedimentos que traban el psicoanálisis, pero siempre había reconocido su sustantividad.

Ni siquiera son nuevos los tres elementos que escoge aquí como «decisivos» para el éxito de la terapia (pág. 227): el pronóstico más favorable en los casos de origen «traumático» que en los de origen «constitucional», la importancia de las consideraciones «cuantitativas» y el problema de la «alteración del yo». En este tercer punto, el artículo arroja mucha luz nueva. En sus descripciones previas del proceso terapéutico, Freud siempre había adjudicado un papel esencial a una alteración en el yo que el analista debía provocar como paso previo a la cancelación de las represiones del paciente. (Véase, por ejemplo, la 28ª de las *Conferencias de introducción* (1916-17), AE, 16, pág. 414.)

Pero poco se sabía acerca de la índole de esa alteración y la manera como podía efectuársela. Sus recientes progresos en el análisis del yo permitieron a Freud

ahondar en esta indagación. Ahora concebía más bien la alteración terapéutica del yo como la cancelación de alteraciones ya existentes por obra del proceso defensivo. Y merece señalarse que el hecho de que los procesos defensivos produzcan alteraciones del yo había sido mencionado por Freud en fecha muy temprana. El concepto aparece en su examen de los delirios en «Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa» (1896*b*), *AE*, 3, pág. 184, así como en varios pasajes de su Manuscrito K, del 1º de enero de 1896 (1950*a*), *AE*, 1, págs. 260, 262 y 267. A partir de entonces, es como si la idea se hubiera mantenido, en estado latente; el nexo entre las contrainvestiduras, la formación reactiva y las alteraciones del yo sólo se postula expresamente por primera vez en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*), *AE*, 20, págs. 147-9 y 153. Resurge en las *Nuevas conferencias* (1933*a*), *AE*, 22, págs. 83-4, y, luego del prolongado examen del tema en el presente artículo, en *Moisés y la religión monoteísta* (1939*a*), *supra*, pág. 74, y en el *Esquema del psicoanálisis* (1940*a*), *supra*, págs. 179-80.

Empero, hay un aspecto en el cual las opiniones expresadas en esta obra parecen discrepar con lo anterior o aun contradecirlo: el escepticismo con que juzga la eficacia profiláctica del psicoanálisis. Duda de la posibilidad de impedir no sólo que se produzca una neurosis nueva y diferente, sino aun que retorne una neurosis ya tratada. Este cambio se hace evidente si recordamos un pasaje de la 27º de las *Conferencias de introducción*: «El hombre que en la relación con el médico ha pasado a ser normal y libre del efecto de unas mociones pulsionales reprimidas, sigue siéndolo en su vida propia, cuando el médico se ha hecho a un lado» (*AE*, 16, pág. 404). Y en la 28º conferencia, al comparar los efectos de la sugestión hipnótica y del psicoanálisis, decía: «La cura analítica impone a médico y enfermo un difícil trabajo que es preciso realizar para cancelar unas resistencias internas. Mediante la superación de estas, la vida anímica del enfermo se modifica duraderamente, se eleva a un estadio más alto del desarrollo y permanece protegida frente a nuevas posibilidades de enfermar» [*ibid.*, págs. 410-1]. Análogamente, al final de la 31º de las *Nuevas conferencias* sostenía que el propósito del psicoanálisis «es fortalecer al yo, hacerlo más independiente del superyó, ensanchar su campo de percepción y ampliar su organización de manera que pueda apropiarse de nuevos fragmentos del ello. Donde Ello era. Yo debo devenir» (*AE*, 22, pág. 74). Todos estos pasajes parecen descansar en una misma teoría, que a su vez difiere en aspectos importantes,

se diría, de la que está implícita en la presente obra.<sup>2</sup>

Creemos que este mayor escepticismo de Freud se basa en su convicción de que es imposible abordar un conflicto que no sea «actual», y en las graves objeciones que se levantan contra la conversión de un conflicto «latente» en uno «actual». Esta postura implicaría una diversa concepción no sólo del proceso terapéutico sino, en términos más generales, del acaecer psíquico. Freud parece considerar aquí al conflicto «actual» como si estuviera aislado en un compartimiento estanco, por así decir. Aunque se ayude al yo a enfrentar este conflicto, no por ello se habrá afectado su capacidad para vérselas con otro. De igual manera, parece concebir aisladas las mociones pulsionales: el haber reducido su esfuerzo en el conflicto actual no esclarece su comportamiento futuro. Por el contrario, de sus ideas anteriores podía inferirse que el proceso analítico es capaz de alterar al yo de un modo más general, persistiendo esa alteración al término del análisis, y que las mociones pulsionales extraían su fuerza de un reservorio indiferenciado de energía. Así, en la medida en que el análisis hubiera tenido éxito, toda nueva incursión de las mociones pulsionales se habría visto reducida en su fuerza por aquel, que habría vuelto más idóneo al yo para enfrentarlas. No existiría, entonces, una segregación absoluta del conflicto «actual» respecto de los «latentes», y la eficacia profiláctica de un análisis (así como su resultado inmediato) dependería de consideraciones cuantitativas –vinculadas al relativo aumento que él hubiera generado en la robustez del yo y su relativo rebajamiento de la intensidad de las pulsiones–.

Más o menos un año después del presente artículo, en el *Esquema del psicoanálisis* (1940a), la exposición que hizo Freud de los efectos terapéuticos del análisis fue en general muy similar; empero, sobre el particular problema que estamos tratando retornó, quizás, a su opinión anterior. Verbigracia, luego de comentar allí «el tiempo y la pena» que lleva el vencimiento de las resistencias, agregaba que eso es recompensado, «pues produce una ventajosa alteración del yo, que se conserva independientemente del resultado de la transferencia y se afirma en la vida» (*supra*, pág. 179). Esto sugeriría una alteración de carácter general.

Es interesante notar que desde los albores de su vida profesional inquietaron a Freud problemas muy semejantes a estos, que por lo tanto estuvieron presentes,

2 Debe añadirse que en otra de las Nuevas conferencias, la 34', Freud insiste en las limitaciones de la terapia psicoanalítica (*ibid.*, págs. 142-3).

puede decirse, en la íntegra extensión de sus estudios analíticos. He aquí el fragmento de una carta que escribió a Wilhelm Fliess el 16 de abril de 1900 (Freud, 1950a, Carta 133) y que versa sobre uno de sus pacientes, el señor E., quien había estado en tratamiento con él probablemente desde 1895 (lo estuvo con certeza desde 1897) y a los altibajos de cuyo caso hay repetidas referencias en el epistolario: «E. concluyó, por fin, su carrera como paciente mío con una invitación a cenar en mi casa. Su enigma está casi totalmente resuelto; se siente perfectamente bien y su manera de ser ha cambiado por completo; de los síntomas subsiste todavía un resto. Comienzo a comprender que el carácter en apariencia interminable {*Endlosigkeit*} de la cura es algo acorde a ley y depende de la transferencia. Espero que ese resto no menoscabe el éxito práctico. En mis manos estaba continuar la cura, pero vislumbré que ese es un compromiso entre salud y enfermedad, compromiso que los propios enfermos desean, y por eso mismo el médico no debe entrar en él. La conclusión asintótica de la cura a mí me resulta en esencia indiferente; decepciona más bien a los profanos. En todo caso, mantendré un ojo vigilante sobre este hombre... ».

James Strachey

## I

La experiencia nos ha enseñado que la terapia psicoanalítica, o sea, el librar a un ser humano de sus síntomas neuróticos, de sus inhibiciones y anormalidades de carácter, es un trabajo largo. Por eso desde el comienzo mismo se emprendieron intentos de abreviar la duración de los análisis. Tales empeños no necesitaban ser justificados; podían invocar los móviles más razonables y acordes al fin. Pero es probable que obrara en ellos todavía un resto de aquel impaciente menosprecio con que en un período anterior de la medicina se abordaban las neurosis, como unos resultados ociosos de daños invisibles. Y si ahora uno estaba obligado a considerarlas, trataba de acabar con ellas lo más pronto posible.

Un intento particularmente enérgico en esta dirección fue el que hizo Otto Rank basándose en su libro *El trauma del nacimiento* (1924). Supuso que el acto del nacimiento era la genuina fuente de la neurosis, pues conllevaba la posibilidad de que la «fijación primordial» a la madre no se superara y prosiguiera como «represión primordial». Mediante el trámite analítico, emprendido con posterioridad, de ese trauma primordial, Rank esperaba eliminar la neurosis íntegra, de suerte que una pizcota de trabajo analítico ahorrara todo el resto. Unos pocos meses bastarían para esa operación. Uno no duda de que la ilación de pensamiento de Rank fue audaz y conceptuosa; pero no resistió a un examen crítico. Por lo demás, el intento de Rank era hijo de su época: fue concebido bajo el influjo de la oposición entre la miseria europea de posguerra y la «prosperity» norteamericana, y estaba destinado a acompañar el tempo de la terapia analítica a la prisa de la vida norteamericana. No se ha sabido mucho de lo conseguido con la ejecución del plan de Rank para casos patológicos. No más, probablemente, de lo que conseguiría el cuerpo de bomberos si para apagar el incendio de una casa, provocado por el vuelco de una lámpara de petróleo, se conformara con retirar esta de la habitación donde nació el incendio. Es cierto que de tal manera se alcanzaría una abreviación considerable del procedimiento de extinción. Hoy, la teoría y la práctica del intento de Rank pertenecen al pasado... no menos que la propia «prosperity» norteamericana.<sup>3</sup>

Aun antes de la guerra, yo mismo ensayé otro camino para apresurar el curso de una cura analítica. En esa época emprendí el tratamiento de un joven ruso,

3 [Esto fue escrito poco tiempo después de la gran crisis financiera en Estados Unidos. En *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), Freud había hecho una ponderada crítica de la teoría de Rank; véase, en particular, *AE*, 20, págs. 128-9 y 141-3.]

quien, malcriado por la riqueza, había llegado a Viena en un estado de total desvalimiento, acompañado por su médico personal y un *valet*.<sup>4</sup> En el curso de algunos años se logró devolverle gran parte de su autonomía, despertar su interés por la vida, poner en orden sus vínculos con las personas más importantes para él. Pero ahí se atascó el progreso; no avanzaba el esclarecimiento de la neurosis infantil sobre la cual sin duda se fundaba la afección posterior, y se discernía con toda nitidez que el paciente sentía asaz cómodo el estado en que se encontraba y no quería dar paso alguno que lo acercase a la terminación del tratamiento. Era un caso de autoinhibición de la cura; corría esta el riesgo de fracasar a causa de su propio éxito –parcial–. En esta situación, recurrí al medio heroico de fijarle un plazo.<sup>5</sup> Al comienzo de una nueva temporada de trabajo, revelé al paciente que ese año sería el último del tratamiento, sin que importase lo que él consiguiera en el tiempo que así se le concedía. Primero no me dio crédito alguno, pero luego que se hubo convencido de la seriedad absoluta de mi propósito, le sobrevino el cambio deseado. Sus resistencias se quebraron, y en esos últimos meses pudo reproducir todos los recuerdos y hallar todos los nexos que parecían necesarios para entender su neurosis temprana y dominar su neurosis presente. Cuando se despidió de mí en pleno verano de 1914, sin sospecha alguna, como todos nosotros, de los sucesos tan inminentes que habrían de sobrevenir, yo lo consideré curado radical y duraderamente.

En una nota agregada al historial clínico en 1923 informé ya que estaba en un error.<sup>6</sup> Hacia el final de la guerra regresó a Viena como fugitivo sin recursos; debí prestarle entonces auxilio para dominar una pieza no tramitada de la transferencia; se lo consiguió en algunos meses, y pude concluir aquel agregado comunicando que «el paciente, a quien la guerra privó de su patria, de su fortuna y de todos sus vínculos familiares, se sintió normal y tuvo un comportamiento intachable». Si los quince años que siguieron no aportaron un mentís a ese juicio, hicieron necesarias empero ciertas salvedades. El paciente ha permanecido en Viena, conservando cierta posición social, aunque modesta. Pero en ese lapso su bienestar fue interrumpido varias veces por unos episodios patológicos que sólo podían ser aprehendidos

4 Véase mi escrito «De la historia de una neurosis infantil» (1918b), publicado con anuencia del paciente. La posterior afección de este joven no se expone allí con detalle; sólo se la roza donde lo exige perentoriamente la conexión con la neurosis de la infancia.

5 [Cf. AE, 17, págs. 12-3.]

6 [*Ibid.*, pág. 110.]

como unos vástagos de su vieja neurosis. La habilidad de una de mis discípulas, la doctora Ruth Mack Brunswick, puso término a esos estados, uno por uno, tras breve tratamiento; espero que ella habrá de informar pronto sobre estas experiencias.<sup>7</sup> Algunos de esos ataques estaban referidos todavía a restos transferenciales; mostraron con nitidez, a pesar de su fugacidad, un carácter paranoico. En otros, sin embargo, el material patógeno consistía en fragmentos de su historia infantil que en su análisis conmigo no habían salido a la luz y ahora eran repelidos con efecto retardado {*nachtraglich*} –no puede uno evitar la comparación– como unos hilos tras una operación o unos fragmentos óseos necróticos. Encontré el historial de curación de este paciente casi tan interesante como su historial clínico.

Después, en otros casos, he utilizado la fijación de un plazo, y también he tenido noticias de las experiencias de otros analistas. No puede dudarse del valor de esta medida coactiva. Ella es eficaz, bajo la premisa de que se la adopte en el momento justo, pero no puede dar ninguna garantía de la tramitación completa de la tarea. Al contrario, se puede estar seguro de que mientras una parte del material se vuelve asequible bajo la compulsión de la amenaza, otra parte permanece retenida y en cierto modo enterrada; así, se pierde para el empeño terapéutico. En efecto, no es lícito extender el plazo una vez que se lo fijó; de lo contrario, el paciente no prestaría crédito alguno a la continuación. El expediente inmediato sería proseguir la cura con otro analista; pero bien se sabe que semejante cambio de vía implica una nueva pérdida de tiempo y una renuncia al rédito del trabajo gastado. Por otra parte, no se puede indicar con carácter de validez universal el momento justo para la introducción de este violento recurso técnico; queda librado al tacto. Un yerro será irreparable. No se debe olvidar el aforismo de que el león salta una vez sola.

## II

Las elucidaciones sobre el problema técnico del modo en que se podría apresurar el lento decurso de un análisis nos llevan ahora a otra cuestión de más profundo interés, a saber: si existe un término natural para cada análisis, si en general es posible llevar un análisis a un término tal. El uso lingüístico de los analistas parece

7 [En realidad, su informe había aparecido en inglés varios años atrás (Brunswick, 1928a). El curso posterior del caso puede seguirse en la nota al pie que agregué al final del historial {AE, 17, pág. 111}. En fecha reciente aparecieron varios capítulos autobiográficos del paciente editados por Muriel Gardiner (1971).]

propiciar ese supuesto, pues a menudo se oye manifestar, a modo de lamento o de disculpa, sobre una criatura humana cuya imperfección se discierne: «Su análisis no fue terminado», o «No fue analizado hasta el final».

Primero hay que ponerse de acuerdo sobre lo que se mienta con el multívoco giro «final o término de un análisis». En la práctica es fácil decirlo. El análisis ha terminado cuando analista y paciente ya no se encuentran en la sesión de trabajo analítico. Y esto ocurrirá cuando estén aproximadamente cumplidas dos condiciones: la primera, que el paciente ya no padezca a causa de sus síntomas y haya superado sus angustias así como sus inhibiciones, y la segunda, que el analista juzgue haber hecho conciente en el enfermo tanto de lo reprimido, esclarecido tanto de lo incomprensible, eliminado tanto de la resistencia interior, que ya no quepa temer que se repitan los procesos patológicos en cuestión. Y si se está impedido de alcanzar esta meta por dificultades externas, mejor se hablará de un análisis imperfecto {*unvollständig*} que de uno no terminado {*unvollendet*}.

El otro significado de «término» de un análisis es mucho más ambicioso. En nombre de él se inquiera si se ha promovido el influjo sobre el paciente hasta un punto en que la continuación del análisis no prometería ninguna ulterior alteración. Vale decir, la pregunta es si mediante el análisis se podría alcanzar un nivel de normalidad psíquica absoluta, al cual pudiera atribuirse además la capacidad para mantenerse estable —p. ej., si se hubiera logrado resolver todas las represiones sobrevenidas y llenar todas las lagunas del recuerdo—. Primero examinaremos la experiencia para ver si tal cosa ocurre, y luego la teoría, para saber si ello es en general posible.

Todo analista habrá tratado algunos casos con tan feliz desenlace. Se ha conseguido eliminar la perturbación neurótica preexistente, y ella no ha retornado ni ha sido sustituida por ninguna otra. Por lo demás, no se carece de una intelección sobre las condiciones de tales éxitos. El yo de los pacientes no estaba alterado<sup>8</sup> de una manera notable, y la etiología de la perturbación era esencialmente traumática. Es que la etiología de todas las perturbaciones neuróticas es mixta; o se trata de pulsiones hiperintensas, esto es, refractarias a su domeñamiento [cf. pág. 227 y n. 8] por el yo, o del efecto de unos traumas tempranos, prematuros, de los que un yo inmaduro no pudo enseñorearse. Por regla general, hay una acción conjugada de ambos factores, el constitucional y el accidental. Mientras más intenso sea el primero,

8 [El concepto de «alteración del yo» es examinado extensamente *infra*, especialmente en la sección V. Cf. también mi «Nota introductoria», *supra*, pág. 215.]

tanto más un trauma llevará a la fijación y dejará como secuela una perturbación del desarrollo; y cuanto más intenso el trauma, tanto más seguramente exteriorizará su perjuicio, aun bajo constelaciones pulsionales normales. No hay ninguna duda de que la etiología traumática ofrece al análisis, con mucho, la oportunidad más favorable. Sólo en el caso con predominio traumático conseguirá el análisis aquello de que es magistralmente capaz: merced al fortalecimiento del yo, sustituir la decisión deficiente que viene de la edad temprana por una tramitación correcta. Sólo en un caso así se puede hablar de un análisis terminado definitivamente. Aquí el análisis ha hecho su menester y no necesita ser continuado. Si el paciente así restablecido nunca vuelve a producir una perturbación que le hiciere necesitar del análisis, uno en verdad no sabe cuánto de esta inmunidad se debe al favor del destino, que quizá le ha ahorrado unas pruebas demasiado severas.

La intensidad constitucional de las pulsiones y la alteración perjudicial del yo, adquirida en la lucha defensiva, en el sentido de un desquicio y una limitación, son los factores desfavorables para el efecto del análisis y capaces de prolongar su duración hasta lo inconcluyente. Uno está tentado de responsabilizar a la primera –la intensidad pulsional– por la plasmación de la otra –la alteración del yo–, pero parece que esta última tiene su propia etiología, y en verdad hay que confesar que con estas constelaciones no estamos lo bastante familiarizados. Es que sólo ahora se han convertido en asunto del estudio analítico. Me parece que en este campo el interés de los analistas en modo alguno tiene el enfoque correcto. En vez de indagar cómo se produce la curación por el análisis, cosa que yo considero suficientemente esclarecida, el planteo del problema debería referirse a los impedimentos que obstan a la curación analítica.

En este contexto, me gustaría abordar dos problemas que brotan de manera directa de la práctica analítica, como habrán de mostrarlo los siguientes ejemplos. Un hombre que ha ejercido él mismo el análisis con gran éxito juzga que su relación con el hombre y con la mujer –con los hombres que son sus competidores y con la mujer a quien ama– no está, empero, exenta de estorbos neuróticos, y por eso se hace objeto analítico de otro a quien considera superior a él.<sup>9</sup> Este alumbramiento crítico

9 [Según Ernest Jones, alude aquí a Ferenczi, quien fue analizado por Freud durante tres semanas en octubre de 1914 y por otras tres (a razón de dos sesiones diarias) en junio de 1916. Cf. Jones, 1957, pág. 158, y 1955, págs. 195 y 213. Véase también la nota necrológica que escribió Freud (1933c) en ocasión de la muerte de Ferenczi (AE, 22, pág. 227).]

de su persona propia le trae pleno éxito. Desposa a la mujer amada y se convierte en el amigo y el maestro de los presuntos rivales. Así pasan varios años, en los que permanece también imperturbado el vínculo con su antiguo analista. Pero luego, sin ocasión externa registrable, sobreviene una perturbación. El analizado entra en oposición con el analista, le reprocha haber omitido brindarle un análisis integral *{vollständig}*. Es que habría debido saber, y debió tenerlo en cuenta, que un vínculo transferencial nunca puede ser meramente positivo; tendría que haber hecho caso de la posibilidad de una transferencia negativa. El analista se disculpa diciendo que en la época del análisis no se notaba nada de una transferencia negativa. Pero aun suponiendo que hubiera descuidado unos levisimos indicios de esta última –lo cual no estaría excluido, dada la estrechez del horizonte en aquella temprana época del análisis–, seguiría siendo dudoso que tuviera el poder de activar por su mero señalamiento un tema o, como dice, un «complejo», mientras este no fuera actual en el paciente mismo. Para ello, sin duda habría necesitado emprender alguna acción contra el paciente, una acción inamistosa en el sentido objetivo. Y además, no toda buena relación entre analista y analizado, en el curso del análisis y después de él, ha de ser estimada como una transferencia. Existen también –siguió diciendo el analista– vínculos amistosos de fundamento objetivo y que demuestran ser viables.

Agrego enseguida el segundo ejemplo, que plantea el mismo problema. Una señorita mayor está desde su pubertad aquejada de una incapacidad para caminar a consecuencia de unos fuertes dolores en las piernas, lo cual la ha apartado de la vida corriente. El estado, de evidente naturaleza histérica, ha desafiado a muchos tratamientos; una cura analítica de tres trimestres lo elimina y devuelve a esta persona capaz y valiosa sus derechos a participar de la vida. Los años que siguen a la curación no aportan nada bueno: hay catástrofes en la familia, pérdida de la fortuna, y, con lo avanzado de la edad, se esfuma toda perspectiva de dicha amorosa y casamiento. Pero la ex enferma todo lo soporta con valentía y en tiempos difíciles obra como un sostén para los suyos. Ya no sé si doce o catorce años después de terminado el tratamiento, unas profusas hemorragias hicieron necesario el examen ginecológico. Se halló un mioma, que justificaba la extirpación total del útero. Desde esta operación la señorita volvió a enfermar. Se enamoró del cirujano; se regodeaba en fantasías masoquistas sobre las terribles alteraciones producidas en su interior, con las cuales escondía su novela de amor; probó ser inasequible para un

nuevo intento analítico y hasta el final de su vida ya no volvió a ser normal. Aquel exitoso tratamiento es tan remoto que no es lícito hacerle grandes demandas: corresponde a los primeros años de mi actividad analítica. Comoquiera que sea, es posible que la segunda contracción de enfermedad brotara de la misma raíz que la primera, felizmente superada; que fuera una expresión alterada de las mismas mociones reprimidas que en el análisis sólo habían hallado una tramitación imperfecta {*unvollkommen*}. Pero yo me inclino a creer que sin el nuevo trauma no se habría llegado al estallido más reciente de la neurosis.

Estos dos casos, que he escogido adrede entre muchos otros semejantes, han de bastar para iniciar la discusión sobre nuestros temas. Escépticos, optimistas, ambiciosos, los valorarán de manera por entero diversa. Los primeros dirán que así quedó probado: ni siquiera un tratamiento analítico exitoso protege a la persona por el momento curada de contraer luego otra neurosis, y hasta una neurosis de la misma raíz pulsional, vale decir, en verdad, un retorno del antiguo padecer. Los otros no darán por aportada esa prueba. Objetarán que ambas experiencias provenían de las épocas tempranas del análisis, veinte y treinta años atrás. Desde entonces –arguirán– nuestras intelecciones se han profundizado y ensanchado, y nuestra técnica se ha alterado en consonancia con las nuevas conquistas. Hoy sí sería lícito pedir y esperar que una curación analítica demostrara ser duradera o, al menos, que una afección más reciente no se revelara como reanimación de la perturbación pulsional anterior dentro de nuevas formas expresivas. La experiencia –concluirán– no nos constriñe a limitar de una manera tan sustancial los reclamos hechos a nuestra terapia.

Desde luego, he escogido aquellas dos observaciones por ser muy distantes en el tiempo. Bien se entiende que, mientras más reciente sea el éxito del tratamiento, menos se prestará para nuestras reflexiones, pues no tenemos medio alguno de prever el destino ulterior de una curación. Es manifiesto que las expectativas de los optimistas presuponen muchas cosas en modo alguno evidentes: en primer lugar, que es perfectamente posible tramitar de manera definitiva y para todo tiempo un conflicto pulsional (mejor: un conflicto del yo con una pulsión); en segundo lugar, que, mientras se trata a un hombre a raíz de un conflicto pulsional, es hacedero vacunarlo, por así decir, contra todas las posibilidades de conflicto semejantes; y, en tercer lugar, que uno tiene el poder de despertar, con el fin de realizar un tratamiento

profiláctico, un conflicto patógeno así, el cual por el momento no se denuncia en indicio alguno, y que es sabio obrar de ese modo. Yo formulo estas cuestiones sin pretender responderlas en el presente. Es que quizá nos resulte imposible dar por ahora una respuesta cierta.

Es probable que unas reflexiones teóricas nos permitan contribuir en algo para su apreciación. Pero otra cosa se nos ha vuelto clara desde ahora: el camino para cumplimentar esas demandas acrecentadas que se dirigen a la cura analítica no lleva al acortamiento de su duración o no pasa por este atajo.

### III

Una experiencia analítica que ya tiene varias décadas y un cambio sobrevenido en la modalidad de mi quehacer me alientan a ensayar la respuesta a las preguntas planteadas. En épocas anteriores me veía frente a una mayoría de pacientes que, como es natural, esforzaban hacia una tramitación rápida; en los últimos años me dediqué de manera prevaeciente a los análisis didácticos, y un número proporcionalmente menor de enfermos graves siguió conmigo un tratamiento continuado, si bien interrumpido por pausas más o menos largas. En estos últimos, la meta terapéutica había devenido otra. No entraba en cuenta una abreviación de la cura; el propósito era producir un agotamiento radical de las posibilidades de enfermedad y una alteración profunda de la persona.

De los tres factores que hemos reconocido como decisivos para las posibilidades de la terapia analítica –influjo de traumas, intensidad constitucional de las pulsiones, alteración del yo– nos interesa aquí sólo el del medio, la intensidad de las pulsiones. La más somera reflexión nos sugiere la duda sobre si es indispensable la limitación que introduce el atributo «constitucional» (o «congénita»). Por decisivo que sea desde todo comienzo el factor constitucional, es empero concebible que un refuerzo pulsional sobrevenido más tarde en la vida exteriorice los mismos efectos. Habría, pues, que modificar la fórmula: intensidad pulsional «por el momento», en lugar de «constitucional». La primera de nuestras cuestiones rezaba: ¿Es posible tramitar de manera duradera y definitiva, mediante la terapia analítica, un conflicto de la pulsión con el yo o una demanda pulsional patógena dirigida al yo? Acaso no sea ocioso, para evitar malentendidos, puntualizar con más precisión lo que ha de entenderse por la frase «tramitación duradera de una exigencia pulsional». No es, por cierto, que se

la haga desaparecer de suerte que nunca más dé noticias de ella. Esto es en general imposible, y tampoco sería deseable. No, queremos significar otra cosa, que en términos aproximados se puede designar como el «domeñamiento»<sup>10</sup> de la pulsión: esto quiere decir que la pulsión es admitida en su totalidad dentro de la armonía del yo, es asequible a toda clase de influjos por las otras aspiraciones que hay en el interior del yo, y ya no sigue más su camino propio hacia la satisfacción. Si se pregunta por qué derroteros y con qué medios acontece ello, no es fácil responder. Uno no puede menos que decirse: «Entonces es preciso que intervenga la bruja».<sup>11</sup> La bruja metapsicología, quiere decir. Sin un especular y un teorizar metapsicológicos –a punto estuve de decir: fantasear– no se da aquí un solo paso adelante. Por desgracia, los informes de la bruja tampoco esta vez son muy claros ni muy detallados. Tenemos sólo un punto de apoyo –si bien inestimable–: la oposición entre proceso primario y secundario, y a este he de remitir aquí.

Si ahora regresamos a la primera pregunta, hallamos que nuestro nuevo punto de vista nos impone una precisa decisión. Aquella indagaba si es posible tramitar de manera duradera y definitiva cierto conflicto pulsional, o sea, «domeñar» de esa manera la exigencia pulsional. En este planteo del problema, la intensidad pulsional ni se menciona, pero justamente de ella depende el desenlace. Partamos de que el análisis no consigue en el neurótico más de lo que el sano lleva a cabo sin ese auxilio. Ahora bien, en el sano, como lo enseña la experiencia cotidiana, toda decisión de un conflicto pulsional vale sólo para una determinada intensidad de la pulsión; mejor dicho, sólo es válida dentro de una determinada relación entre robustez de la pulsión y robustez del yo.<sup>12</sup> Si esta última se relaja, por enfermedad, agotamiento, etc., todas las pulsiones domeñadas con éxito hasta entonces volverán a presentar de nuevo sus títulos y pueden aspirar a sus satisfacciones sustitutivas por caminos anormales.<sup>13</sup> La prueba irrefutable de ello la proporciona ya el sueño nocturno, que

10 [«*Bändigung*». Freud utilizó esta palabra, entre otros lugares, en «El problema económico del masoquismo» (1924c), *AE*, 19, pág. 170; allí lo hizo para enunciar que la mezcla de la libido con la pulsión de muerte torna inocua a esta última. Mucho antes, en el «Proyecto de psicología» de 1895 (Freud, 1950a), *AE*, 1, pág. 430, la había empleado para designar el proceso por el cual los recuerdos penosos, a raíz de la intervención del yo, dejan de portar afecto.]

11 [Goethe, *Fausto*, parte 1, escena 6.]

12 Rectifico por prurito de exactitud: para un cierto campo de esta relación.

13 Sirva esto para justificar el valor etiológico de factores tan inespecíficos como el exceso de trabajo, el efecto de «choques», etc., que gozaron siempre de universal reconocimiento y que justamente el

frente al acomodamiento del yo para dormir reacciona con el despertar de las exigencias pulsionales.

Tampoco da lugar a dudas el material del otro lado [la intensidad pulsional]. Por dos veces en el curso del desarrollo individual emergen refuerzos considerables de ciertas pulsiones: durante la pubertad y, en la mujer, cerca de la menopausia. En nada nos sorprende que personas que antes no eran neuróticas devengan tales hacia esas épocas. El domeñamiento de las pulsiones, que habían logrado cuando estas eran de menor intensidad, fracasa ahora con su refuerzo. Las represiones se comportan como unos diques contra el esfuerzo de asalto {*Andrang*} de las aguas. Lo mismo que producen aquellos dos refuerzos pulsionales puede sobrevenir de manera irregular en cualquier otra época de la vida por obra de influjos accidentales. Se llega a refuerzos pulsionales en virtud de nuevos traumas, frustraciones impuestas, influjos colaterales recíprocos de las pulsiones. El resultado es en todos los casos el mismo y confirma el poder incontrastable del factor cuantitativo en la causación de la enfermedad.

En este punto tengo la impresión de que debería avergonzarme por todas estas trabajosas elucidaciones, ya que lo que ellas dicen es algo hace mucho consabido y evidente. Y, en efecto, siempre nos hemos comportado como si lo supiéramos; sólo que en nuestras representaciones teóricas las más de las veces hemos omitido tomar en cuenta el punto de vista *económico* en la misma medida que el *dinámico* y el *tópico*. Mi disculpa es, pues, advertir así sobre esa omisión.<sup>14</sup>

Ahora bien, antes que nos decidamos por cierta respuesta a nuestra pregunta, hemos de atender a una objeción cuya fuerza consiste en que probablemente nos tenga ganados de antemano. Ella dice que todos nuestros argumentos han sido derivados de los procesos espontáneos entre el yo y la pulsión, y presuponen que la terapia analítica no puede hacer nada que no acontecería por sí solo en condiciones normales, favorables. Pero, ¿es efectivamente así? ¿Acaso nuestra teoría no reclama

psicoanálisis debió empujar a un segundo plano. Es que la salud sólo se puede describir en términos metapsicológicos, por referencia a unas proporciones de fuerzas entre las instancias del aparato anímico por nosotros discernidas, o, si se prefiere, inferidas, conjeturadas. [Desde los primeros tiempos, Freud menospreció la importancia etiológica que tienen para las neurosis factores tales como el exceso de trabajo; véase el Manuscrito A (que probablemente date de 1892) en la correspondencia con Fliess (Freud, 1950a), AE, 1, pág. 216.]

14 [Esta misma argumentación fue desarrollada con particular claridad, y con un lenguaje menos técnico, en ¿Pueden los legos ejercer el análisis? (1926e), AE, 30, págs. 226-7.]

para sí el título de producir un estado que nunca preexistió de manera espontánea en el interior del yo, y cuya neo-creación constituye la diferencia esencial entre el hombre analizado y el no analizado? Veamos en qué se basa ese título. Todas las represiones acontecen en la primera infancia; son unas medidas de defensa primitivas del yo inmaduro, endeble. En años posteriores no se consuman represiones nuevas, pero son conservadas las antiguas, y el yo recurre en vasta medida a sus servicios para gobernar las pulsiones. En nuestra terminología, los conflictos nuevos son tramitados por una «pos-represión» {«*Nachverdrangung*»}.<sup>15</sup> Acerca de las represiones infantiles, acaso valga lo que hemos sostenido con carácter universal, a saber: que dependen enteramente de la proporción relativa entre las fuerzas y no son capaces de sostenerse frente a un acrecentamiento de la intensidad de las pulsiones. Y bien, el análisis hace que el yo madurado y fortalecido emprenda una revisión de estas antiguas represiones; algunas serán liquidadas y otras reconocidas, pero a estas se las edificará de nuevo sobre un material más sólido. Estos nuevos diques tienen una consistencia por entero diversa que los anteriores; es lícito confiar en que no cederán tan fácil a la pleamar del acrecentamiento de las pulsiones. La rectificación, con posterioridad {«*nachtraglich*»}, del proceso represivo originario, la cual pone término al hiperpoder del factor cuantitativo, sería entonces la operación genuina de la terapia analítica.

Hasta ahí nuestra teoría, a la que no podemos renunciar si no media una compulsión irrecusable. ¿Y qué dice la experiencia sobre esto? Quizá no sea todavía lo bastante abarcadura para pronunciar una decisión segura. Asaz a menudo corrobora nuestras expectativas, pero no siempre. Uno tiene la impresión de que no habría derecho a sorprenderse si, al cabo, resultara que el distingo entre el no analizado y la conducta ulterior del analizado no es tan radical como lo ambicionamos, esperamos y afirmamos. Según eso, el análisis lograría, sí, muchas veces, desconectar el influjo del refuerzo pulsional, pero no lo conseguiría de manera regular. O bien su efecto se limitaría a elevar la fuerza de resistencia de las inhibiciones, de suerte que tras el análisis ellas estarían a la altura de unos reclamos mucho más intensos que antes de él o sin él. Realmente no me atrevo a formular aquí decisión alguna, y tampoco sé si ella es posible por el momento.

15 [Cf. «La represión» (1915*d*), *AE*, 14, pág. 143, donde el término empleado (como en otras obras de Freud en ese período) es, empero, «*Nachdrängen*» {«esfuerzo de dar caza»}.]

Pero hay otro ángulo desde el cual aproximarse al entendimiento de este efecto inconstante del análisis. Sabemos que el primer paso hacia el dominio intelectual del mundo circundante en que vivimos es hallar universalidades, reglas, leyes, que pongan orden en el caos. Mediante ese trabajo simplificamos el mundo de los fenómenos, pero no podemos evitar el falsearlo también, en particular cuando se trata de procesos de desarrollo y trasmutación. Nos interesa asir un cambio cualitativo, y para hacerlo solemos descuidar, al menos en un principio, un factor cuantitativo. En la realidad objetiva, las transiciones y las etapas intermedias son mucho más frecuentes que los estados opuestos por separaciones tajantes. En el caso de desarrollos y mudanzas, nuestra atención se dirige sólo al resultado; tendemos a omitir que tales procesos de ordinario se consuman de manera más o menos imperfecta, o sea que en el fondo son propiamente unas alteraciones sólo parciales. El agudo satírico del viejo imperio austríaco, Johann Nestroy, manifestó cierta vez: «Todo progreso nunca es sino la mitad de grande de lo que al comienzo se esperaba».<sup>16</sup> Uno estaría tentado de atribuir validez universal a esta maliciosa sentencia. Casi siempre hay fenómenos residuales, un retraso parcial. Si el dadivoso mecenas nos sorprende con un rasgo aislado de mezquindad, si el hiperbueno se deja llevar de pronto a una acción hostil, he ahí unos «fenómenos residuales» inapreciables para la investigación genética. Nos muestran que aquellas loables y valiosas cualidades descansan sobre una compensación y sobrecompensación, que, como era de suponer, no han cuajado por entero, no han cuajado en la plenitud de su monto. En nuestra primera descripción del desarrollo libidinal dijimos que una fase oral originaria deja sitio a la fase sádico-anal, y esta a la fálico-genital; la investigación ulterior no lo ha contradicho, pero ha agregado, a modo de enmienda, que estas sustituciones no se producen de manera repentina, sino poco a poco, de suerte que en cada momento unos fragmentos de la organización anterior persisten junto a la más reciente, y aun en el caso del desarrollo normal la trasmutación nunca acontece de modo integral {*vollständig*}; por eso, en la plasmación definitiva pueden conservarse unos restos de las fijaciones libidinales anteriores. Vemos lo mismo en ámbitos totalmente diversos. De las supuestamente superadas supersticiones y creencias erróneas de la humanidad, no hay ninguna de la que no pervivan restos

16 [Esta misma observación de Nestroy había sido citada en ¿Pueden los legos ejercer el análisis? (1926e), AE, 30, pág. 181.]

hoy entre nosotros, en los estratos más bajos de los pueblos civilizados o aun en los estamentos superiores de la sociedad culta. Una vez que algo ha nacido a la vida, sabe afirmarse con tenacidad. Uno a menudo dudaría de que los dragones del tiempo primordial se hayan extinguido realmente.

Apliquemos lo dicho a nuestro caso; opino que la respuesta a la pregunta sobre cómo se explica la inconstancia de nuestra terapia analítica bien podría ser esta: No hemos alcanzado siempre en toda su extensión, o sea, no lo bastante a fondo, nuestro propósito de sustituir las represiones permeables por unos dominios {*Bewältigung*} confiables y acordes al yo. La trasmudación se consigue, pero a menudo sólo parcialmente; sectores del mecanismo antiguo permanecen intocados por el trabajo analítico. Es difícil probar que en efecto sea así; para apreciarlo no poseemos otro camino que el resultado mismo que es preciso explicar. Ahora bien, las impresiones que uno recibe en el curso del trabajo analítico no contradicen nuestro supuesto; por el contrario, parecen corroborarlo. Sólo que no debe tomarse la claridad de nuestra propia intelección como medida del convencimiento que despertamos en el analizado. Acaso le falte «profundidad», podemos decir; se trata siempre del factor cuantitativo, que tanto se descuida. Si esta es la solución, cabe afirmar que el título reivindicado por el análisis, de que él cura las neurosis asegurando el gobierno sobre lo pulsional, es siempre justo en la teoría, pero no siempre lo es en la práctica. Y ello porque no siempre consigue asegurar en medida suficiente las bases para el gobierno sobre lo pulsional. Es fácil descubrir la razón de este fracaso parcial. El factor cuantitativo de la intensidad pulsional se había contrapuesto en su momento a los empeños defensivos del yo; por eso debimos recurrir al trabajo analítico, y ahora aquel mismo factor pone un límite a la eficacia de este nuevo empeño. Dada una intensidad pulsional hipertrófica, el yo madurado y sustentado por el análisis fracasa en la tarea de manera semejante a lo que antes le ocurriera al yo desvalido; el gobierno sobre lo pulsional mejora, pero sigue incompleto, porque la trasmudación del mecanismo de defensa ha sido imperfecta. Nada hay de asombroso en ello, pues el análisis no trabaja con recursos ilimitados, sino restringidos, y el resultado final depende siempre de la proporción relativa entre las fuerzas de las instancias en recíproca lucha.

Es sin duda deseable abreviar la duración de una cura analítica, pero el camino para el logro de nuestro propósito terapéutico sólo pasa por el robustecimiento del

auxilio que pretendemos aportar con el análisis al yo. El influjo hipnótico parecía ser un destacado medio para nuestro fin; es bien conocida la razón por la cual debimos renunciar a él. Hasta ahora no se ha hallado un sustituto de la hipnosis. Desde este punto de vista uno comprende los empeños terapéuticos, vanos por desdicha, a que un maestro del análisis como Ferenczi consagró los últimos años de su vida.

#### IV

Las dos cuestiones subsiguientes –si durante el tratamiento de un conflicto pulsional uno puede proteger al paciente de conflictos futuros, y si es realizable y acorde al fin despertar con fines profilácticos un conflicto pulsional no manifiesto por el momento– deben tratarse juntas, pues es evidente que la primera tarea sólo se puede solucionar si se resuelve la segunda, vale decir, si uno muda en conflicto actual, y somete a su influjo, el conflicto posible en el futuro. Este nuevo planteo del problema no es en el fondo sino continuación del anterior. Si antes se trataba de prevenir el retorno del mismo conflicto, ahora se trata de su posible sustitución por otro. Lo que así se emprende suena muy ambicioso, pero uno sólo quiere tener en claro los límites con que tropieza la capacidad de operación de una terapia analítica.

Por atractivo que resulte para la ambición terapéutica plantearse semejantes tareas, la experiencia nos ha preparado un rotundo rechazo. Si un conflicto pulsional no es actual, no se exterioriza, es imposible influir sobre él mediante el análisis. La advertencia de no despertar a los perros dormidos, que tan a menudo se opone a nuestros empeños por explorar el mundo psíquico subterráneo, es particularmente ociosa respecto de las constelaciones de la vida anímica. En efecto, si las pulsiones crean perturbaciones, eso es prueba de que los perros no están dormidos; y si en efecto parecen dormir, no está en nuestro poder despertarlos. Esta última afirmación, sin embargo, no parece del todo acertada; reclama un examen más detallado. Reflexionemos sobre los medios que poseemos para volver actual un conflicto pulsional latente por el momento. Es evidente que sólo dos cosas podemos hacer: producir situaciones donde devenga actual, o conformarse con hablar de él en el análisis, señalar su posibilidad. El primer propósito puede ser alcanzado por dos diversos caminos: primero, dentro de la realidad objetiva, y segundo, dentro de la transferencia, exponiendo al paciente en ambos casos a cierta medida de padecer objetivo mediante frustración y estasis libidinal. Ahora bien, es cierto que ya en el

ejercicio corriente del análisis nos servimos de una técnica así. Si no, ¿cuál sería el sentido del precepto según el cual el análisis tiene que ejecutarse «en la frustración» {*Versagung*, «denegación»}<sup>17</sup> Pero esa es una técnica para el tratamiento de un conflicto ya actual. Buscamos agudizar ese conflicto, llevarlo a su plasmación más neta para acrecentar la fuerza pulsional que habrá de solucionarlo. La experiencia analítica nos ha mostrado que lo mejor es enemigo de lo bueno, que en cada fase del restablecimiento tenemos que luchar con la inercia del paciente, quien está pronto a conformarse con una tramitación imperfecta.

Pero si procuramos un tratamiento profiláctico de conflictos pulsionales no actuales, sino meramente posibles, no bastará regular un padecer presente e inevitable; habrá que resolverse a llamar a la vida un padecer nuevo, cosa que hasta hoy acertadamente se dejó librada al destino. De todas partes le advertirían a uno contra la temeridad de entrar en competencia con el destino mediante unos experimentos tan crueles con las pobres criaturas humanas. ¿Y de qué índole serían tales intentos? ¿Puede uno, al servicio de la profilaxis, hacerse responsable por destruir un matrimonio satisfactorio, o por imponer la renuncia a un empleo del que obtiene el analizado la seguridad de su sustento? Por suerte, nunca se llega a la situación de reflexionar siquiera sobre la legitimidad de tales intervenciones en la vida real; es que en modo alguno está uno facultado a efectuarlas, y el individuo que es objeto de ese experimento terapéutico ciertamente no lo aceptaría. Así pues, semejante cosa está poco menos que excluida en la práctica; por su parte, la teoría tiene otras objeciones que hacerle. En efecto, el trabajo analítico se cumple de manera óptima cuando las vivencias patógenas pertenecen al pasado, de suerte que el yo pudo ganar distancia de ellas. En estados de crisis aguda, el análisis es poco menos que inutilizable. En tal caso, todo interés del yo será reclamado por la dolorosa realidad objetiva y se rehusará al análisis, que pretende penetrar tras esa superficie y poner en descubierto los influjos del pasado. Así, crear un conflicto fresco no haría más que prolongar y dificultar el trabajo analítico.

Se objetará que estas elucidaciones son de todo punto ociosas. Nadie piensa en crear la posibilidad de tratar el conflicto pulsional latente convocando, de manera deliberada, una nueva situación de padecer. Y no sería ese, por lo demás, un glo-

17 [Cf. «Puntualizaciones sobre el amor de transferencia» (1915*a*), *AE*, 12, pág. 168, V «Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica» (1919*a*), *AE*, 17, págs. 158 y sigs.]

rioso logro profiláctico. También se dirá, por ejemplo, que si bien una escarlatina deja inmunidad para el retorno de esa misma enfermedad, no por eso se les ocurre a los internistas infectar con escarlatina a un sano, que tiene la posibilidad de padecerla, a fin de obtener aquella garantía. A la acción protectora no le está permitido producir idéntica situación de peligro que la enfermedad misma, sino sólo una de peligro mucho menor, tal como se la consigue con la vacunación antivariólica y muchos otros procedimientos. Por tanto, en una profilaxis de los conflictos pulsionales sólo entrarían en cuenta los otros dos métodos: la producción artificial de conflictos nuevos dentro de la transferencia, a los que les faltará el carácter de la realidad objetiva, y el despertar tales conflictos en la representación del analizado hablando de ellos y familiarizándolo con su posibilidad.

Yo no sé si es lícito aseverar que el primero de estos dos procedimientos más benignos sería totalmente inaplicable en el análisis. Faltan para ello indagaciones especiales. Lo cierto es que al punto emergen dificultades que no hacen aparecer muy promisorio la empresa. En primer lugar, que se está muy limitado en la selección de tales situaciones para la transferencia. El analizado mismo no puede colocar todos sus conflictos dentro de la transferencia; y tampoco el analista puede, desde la situación transferencial, despertar todos los conflictos pulsionales posibles del paciente. Tal vez, por ejemplo, le dé celos o le haga vivenciar desengaños de amor, mas para ello no hace falta ningún propósito técnico. Tales cosas sobrevienen de todos modos, espontáneamente, en la mayoría de los análisis. En segundo lugar, no se olvide que todas esas escenificaciones necesitan de unas acciones inamistosas hacia el analizado, y mediante ellas uno daña la actitud tierna hacia el analista, la transferencia positiva, que es el motivo más poderoso para la participación del analizado en el trabajo analítico en común. Por tanto, no sería lícito esperar demasiado de este procedimiento.

Sólo resta, entonces, aquel camino que es probable que haya sido el único originariamente considerado. Uno le cuenta al paciente sobre las posibilidades de otros conflictos pulsionales y despierta su expectativa de que tales cosas podrían suceder también en él. Ahora bien, uno espera que tal comunicación y advertencia tendrá por resultado activar en el paciente uno de los conflictos indicados, en una medida moderada, aunque suficiente para el tratamiento. Pero esta vez la experiencia da una respuesta unívoca. El resultado que se esperaba no comparece. El paciente

escucha, sí, la nueva, pero no hay eco alguno. Acaso piense entre sí: «Esto es muy interesante, pero no registro nada de eso». Uno ha aumentado el saber del paciente, sin alterar nada más en él. El caso es más o menos el mismo que el de la lectura de escritos psicoanalíticos. El lector sólo se «emocionará» con aquellos pasajes en los que se sienta tocado, vale decir, que afecten los conflictos eficaces en su interior por el momento. Todo lo demás lo dejará frío. Opino que es posible hacer experiencias análogas si se dan esclarecimientos sexuales a niños. Lejos estoy de afirmar que sea este un proceder dañino o superfino, pero es evidente que se ha sobrestimado en mucho el efecto profiláctico de estas liberales prevenciones. Los niños saben ahora algo que antes ignoraban, pero no atinan a nada con las nuevas noticias que les regalaron. Uno se convence de que ni siquiera están prontos a sacrificar tan rápido aquellas teorías sexuales –uno diría: naturales– que ellos han formado en acuerdo con su organización libidinal imperfecta y en dependencia de ésta: el papel de la cigüeña, la naturaleza del comercio sexual, la manera en que los niños vienen al mundo. Todavía largo tiempo después de haber recibido el esclarecimiento sexual se comportan como los primitivos a quienes se les ha impuesto el cristianismo y siguen venerando en secreto a sus viejos ídolos.<sup>18</sup>

## V

Comenzamos averiguando cómo se podría abreviar la duración fatigosamente larga de un tratamiento analítico, y luego, guiados siempre por nuestro interés en las relaciones de tiempo, hemos pasado a preguntarnos si se puede alcanzar una curación duradera y si mediante un tratamiento profiláctico es posible prevenir enfermedades futuras. Así llegamos a discernir como decisivos para el éxito de nuestro empeño terapéutico los influjos de la etiología traumática, la intensidad relativa de las pulsiones que es preciso gobernar, y algo que llamamos alteración del yo. Sólo consideramos en detalle el segundo de esos factores, y al hacerlo tuvimos ocasión de reconocer la sobresaliente importancia del factor cuantitativo y de insistir en los títulos con que cuenta el abordaje metapsicológico para cualquier intento de explicación.

Acerca del tercer factor, la alteración del yo, no hemos manifestado nada todavía.

18 [Compárense estas reflexiones con las más espontáneas contenidas en un trabajo anterior, «El esclarecimiento sexual del niño» (1907c).]

Si nos volvemos hacia él, recibimos como primera impresión que hay aquí mucho por preguntar y por responder, y lo que tenemos para decir demostrará ser asaz insuficiente. Esta primera impresión se sostiene aun luego de habernos ocupado más del problema. Como es sabido, la situación analítica consiste en aliarnos nosotros con el yo de la persona objeto a fin de someter sectores no gobernados de su ello, o sea, de integrarlos en la síntesis del yo. El hecho de que una cooperación así fracase comúnmente con el psicótico ofrece un punto firme para nuestro juicio. El yo, para que podamos concertar con él un pacto así, tiene que ser un yo normal. Pero ese yo normal, como la normalidad en general, es una ficción ideal. El yo anormal, inutilizable para nuestros propósitos, no es por desdicha una ficción. Cada persona normal lo es sólo en promedio, su yo se aproxima al del psicótico en esta o aquella pieza, en grado mayor o menor, y el monto del distanciamiento respecto de un extremo de la serie y de la aproximación al otro nos servirá provisionalmente como una medida de aquello que se ha designado, de manera tan imprecisa, «alteración del yo».

Si preguntamos de dónde provienen las modalidades y los grados, tan diversos, de la alteración del yo, he aquí la inevitable alternativa que se presenta: son originarios o adquiridos. El segundo caso será más fácil de tratar. Si se los ha adquirido, fue sin duda en el curso del desarrollo desde las primeras épocas de la vida. Desde el comienzo mismo, en efecto, el yo tiene que procurar el cumplimiento de su tarea, mediar entre su ello y el mundo exterior al servicio del principio de placer, precaver al ello de los peligros del mundo exterior. Si en el curso de este empeño aprende a adoptar una actitud defensiva también frente al ello propio, y a tratar sus exigencias pulsionales como peligros externos, esto acontece, al menos en parte, porque comprende que la satisfacción pulsional llevaría a conflictos con el mundo exterior. El yo se acostumbra entonces, bajo el influjo de la educación, a trasladar el escenario de la lucha de afuera hacia adentro, a dominar el peligro *interior* antes que haya devenido un peligro *exterior*, y es probable que las más de las veces obre bien haciéndolo. Durante esta lucha en dos frentes –más tarde se agregará un tercer frente–,<sup>19</sup> el yo se vale de diversos procedimientos para cumplir su tarea, que, dicho en términos generales, consiste en evitar el peligro, la angustia, el displacer. Llamamos «mecanismos de defensa» a estos procedimientos. No nos resultan

19 [Referencia indirecta al superyó.]

todavía consabidos de manera exhaustiva. Un trabajo publicado por Anna Freud (1936) nos ha permitido echar una primera mirada a su diversidad y su multilateral intencionalidad {*Bedeutung*}.

De uno de esos mecanismos, la represión {esfuerzo de desalojo y suplantación}, ha partido el estudio de los procesos neuróticos en general. Nunca se dudó de que la represión no es el único procedimiento de que dispone el yo para sus propósitos. Empero, es algo particularísimo, separado de los otros mecanismos de manera más tajante que estos entre sí. Querría patentizar su relación con ellos por medio de una comparación, pero bien sé que en estos campos las comparaciones no nos llevan muy lejos. Piénsese, pues, en los posibles destinos de un libro en la época en que todavía no se hacían ediciones impresas, sino que se los copiaba uno por uno; y que uno de estos libros contuviera referencias que en épocas posteriores se consideraron indeseadas –tal como, según Robert Eisler (1929), los escritos de Flavio Josefo debieron de contener pasajes sobre Jesucristo chocantes para la posterior cristiandad–. La censura oficial de nuestros días no emplearía otro mecanismo de defensa que la confiscación y destrucción de cada ejemplar de la edición entera. En aquella época se utilizaban métodos diversos para volver inocuo el libro. O bien los pasajes chocantes se tachaban con un trazo grueso, de suerte que se volvían ilegibles, y, si después no se los reescribía, el siguiente copista del libro brindaba un texto irreprochable, pero lagunoso en algunos pasajes y quizás ininteligible ahí. O bien, no conformes con ello, querían evitar también el indicio de la mutilación del texto; procedíase entonces a desfigurar {dislocar} el texto. Se omitían algunas palabras o se las sustituía por otras, se interpolaban frases nuevas; lo mejor era suprimir todo el pasaje e insertar en su lugar otro, que quería decir exactamente lo contrario. El copista siguiente del libro podía producir entonces un texto insospechable, pero que estaba falsificado; ya no contenía lo que el autor había querido comunicar, y muy probablemente las correcciones introducidas no se orientaban en el sentido de la verdad.

Si no se establece la comparación en términos demasiado estrictos, se puede decir que la represión es a los otros métodos de defensa como la omisión a la desfiguración del texto, y en las diversas formas de esta falsificación puede uno hallar analogías para las múltiples variedades de la alteración del yo. Alguien podría objetar que esta comparación falla en un punto esencial, pues la desfiguración del

texto es obra de una censura tendenciosa, de la que el desarrollo yoico no muestra ningún correspondiente; pero no hay tal, pues esa tendencia está subrogada en vasta medida por la compulsión del principio de placer. El aparato psíquico no tolera el displacer, tiene que defenderse de él a cualquier precio, y si la percepción de la realidad objetiva trae displacer, ella –o sea, la percepción– tiene que ser sacrificada. Contra el peligro exterior, uno puede encontrar socorro durante un tiempo en la huida y la evitación de la situación peligrosa, hasta adquirir fortaleza bastante para cancelar la amenaza mediante una alteración activa de la realidad objetiva. Pero de sí mismo uno no puede huir; contra el peligro interior no vale huida alguna, y por eso los mecanismos de defensa del yo están condenados a falsificar la percepción interna y a posibilitarnos sólo una noticia deficiente y desfigurada de nuestro ello. El yo queda entonces, en sus relaciones con el ello, paralizado por sus limitaciones o engeguado por sus errores, y el resultado en el acontecer psíquico será por fuerza el mismo que si un peregrino no conociera la comarca por la que anda y no tuviera vigor para la marcha.

Los mecanismos de defensa sirven al propósito de apartar peligros. Es incuestionable que lo consiguen; es dudoso que el yo, durante su desarrollo, pueda renunciar por completo a ellos, pero es también seguro que ellos mismos pueden convertirse en peligros. Muchas veces el resultado es que el yo ha pagado un precio demasiado alto por los servicios que ellos le prestan. El gasto dinámico que se requiere para solventarlos, así como las limitaciones del yo que conllevan casi regularmente, demuestran ser unos pesados las tres para la economía psíquica. Y, por otra parte, estos mecanismos no son resignados después que socorrieron al yo en los años difíciles de su desarrollo. Desde luego que cada persona no emplea todos los mecanismos de defensa posibles, sino sólo cierta selección de ellos, pero estos se fijan en el interior del yo, devienen unos modos regulares de reacción del carácter, que durante toda la vida se repiten tan pronto como retorna una situación parecida a la originaria. Así pasan a ser infantilismos, comparten el destino de tantas instituciones que se afanan en conservarse cuando ha pasado la época de su idoneidad. «La razón para en locura, la obra de bien en azote», según la queja del poeta.<sup>20</sup> El yo fortalecido del adulto sigue defendiéndose de unos peligros que ya no existen en la realidad objetiva, y aun se ve esforzado a rebuscar aquellas situaciones de la

realidad que puedan servir como sustitutos aproximados del peligro originario, a fin de justificar su aferramiento a los modos habituales de reacción. Bien se entiende, pues, que los mecanismos de defensa, mediante una enajenación respecto del mundo exterior, que gana más y más terreno, y mediante un debilitamiento permanente del yo, preparen y favorezcan el estallido de la neurosis.

Pero en este momento nuestro interés no se dirige al papel patógeno de los mecanismos de defensa; queremos indagar cómo influye sobre nuestro empeño terapéutico la alteración del yo que les corresponde. El ya citado libro de Anna Freud proporciona el material para responder esta pregunta. Lo esencial respecto de esto es que el analizado repite tales modos de reacción aún durante el trabajo analítico, los muestra a nuestros ojos, por así decir; en verdad, sólo por esa vía tomamos noticia de ellos. No queremos decir con esto que imposibiliten el análisis. Más bien, conforman una mitad de nuestra tarea analítica. La otra, la que el análisis abordó primero en su historia temprana, es el descubrimiento de lo escondido en el ello. Durante el tratamiento, nuestro empeño terapéutico oscila en continuo péndulo entre un pequeño fragmento de análisis del ello y otro de análisis del yo. En un caso queremos hacer conciente algo del ello; en el otro, corregir algo en el yo. Y el hecho decisivo es que los mecanismos de defensa frente a antiguos peligros retornan en la cura como *resistencias* al restablecimiento. Se desemboca en esto: que la curación misma es tratada por el yo como un peligro nuevo.

El efecto terapéutico se liga con el hacer conciente lo reprimido –en el sentido más lato– en el interior del ello; preparamos el camino a este hacer conciente mediante interpretaciones y construcciones,<sup>21</sup> pero habremos interpretado sólo para nosotros, no para el analizado, mientras el yo se aferró al defender anterior, mientras no resigne las resistencias. Ahora bien, estas resistencias, aunque pertenecientes al yo, son empero inconcientes y en cierto sentido están segregadas dentro del yo. El analista las discierne más fácilmente que a lo escondido en el ello; debería bastar que se las tratase como partes del ello y, haciéndolas concientes, se las vinculase con el yo restante. Por este camino habría que tramitar una mitad de la tarea analítica; no cabría contar con una resistencia al descubrimiento de resistencias. No obstante, sucede lo siguiente. Durante el trabajo con las resistencias, el yo se sale –más o menos seriamente– del pacto en que reposa la situación analítica.

21 [Cf. «Construcciones en el análisis» (1937d), *infra*, pág. 255.]

El yo deja de compartir nuestro empeño por poner en descubierto al ello, lo contraría, no observa la regla analítica fundamental, no deja que afloren otros retoños de lo reprimido. No se puede esperar del paciente una convicción sólida sobre el poder curativo del análisis; acaso ya traía alguna confianza en el analista, confianza que se refuerza y se torna productiva en virtud de los factores, que es preciso despertar, de la transferencia positiva. Bajo el influjo de las mociones de displacer, que se registran ahora por la reescenificación de los conflictos defensivos, pueden cobrar preeminencia unas transferencias negativas y cancelar por completo la situación analítica. El analista es ahora sólo un hombre extraño que le dirige al paciente desagradables propuestas, y este se comporta frente a aquel en un todo como el niño a quien el extraño no le gusta, y no le cree nada. Si el analista intenta demostrar al paciente una de las desfiguraciones emprendidas en la defensa y corregírsela, lo halla irrazonable e inaccesible para los buenos argumentos. Así pues, existe realmente una resistencia a la puesta en descubierto de las resistencias, y los mecanismos de defensa merecen realmente el nombre con que se los designó al comienzo, antes de ser investigados con precisión; son resistencias no sólo contra el hacer conscientes los contenidos-ello, sino también contra el análisis en general y, por ende, contra la curación.

Al efecto que en el interior del yo tiene el defender podemos designarlo «alteración del yo», siempre que por tal comprendamos la divergencia respecto de un yo normal ficticio que aseguraría al trabajo psicoanalítico una alianza de fidelidad incommovible. Ahora es fácil creer lo que la experiencia cotidiana enseña: tratándose del desenlace de una cura analítica, este depende en lo esencial de la intensidad y la profundidad de arraigo de estas resistencias de la alteración del yo. De nuevo nos sale al paso aquí la significatividad del factor cuantitativo, de nuevo somos advertidos de que el análisis puede costear sólo unos volúmenes determinados y limitados de energías, que han de medirse con las fuerzas hostiles. Y es como si efectivamente el triunfo fuera, las más de las veces, para los batallones más fuertes.

## VI

El próximo interrogante es si toda alteración del yo –en el sentido en que nosotros la entendemos– es adquirida durante las luchas defensivas de la edad temprana. La respuesta es inequívoca. No hay razón alguna para impugnar la existencia

y significatividad de diversidades originarias, congénitas, del yo. Un hecho es decisivo: cada persona selecciona siempre sólo algunos de los mecanismos de defensa posibles, y los emplea luego de continuo. Esto señala que el yo singular está dotado desde el comienzo de predisposiciones y tendencias individuales, sólo que nosotros no somos capaces de indicar su índole ni su condicionamiento. Además, sabemos que no es lícito extremar el distingo entre propiedades heredadas y adquiridas hasta convertirlo en una oposición; entre lo heredado, lo adquirido por los antepasados constituye sin duda un sector importante. Cuando hablamos de «herencia arcaica»,<sup>22</sup> solemos pensar únicamente en el ello y al parecer suponemos que un yo no está todavía presente al comienzo de la vida singular. Pero no descuidemos que ello y yo originariamente son uno, y no significa ninguna sobrestimación mística de la herencia considerar verosímil que el yo todavía no existente tenga ya establecidas las orientaciones del desarrollo, las tendencias y reacciones que sacará a la luz más tarde. Las particularidades psicológicas de familias, razas y naciones, incluso en su conducta frente al análisis, no admiten ninguna otra explicación. Más aún: la experiencia analítica nos ha impuesto la convicción de que incluso ciertos contenidos psíquicos como el simbolismo no poseen otra fuente que la transferencia heredada, y diversas indagaciones de la psicología de los pueblos nos sugieren presuponer en la herencia arcaica todavía otros precipitados, igualmente especializados, del desarrollo de la humanidad temprana.

Con la intelección de que las propiedades del yo que registramos como resistencia pueden ser tanto de condicionamiento hereditario cuanto adquiridas en las luchas defensivas, el distingo tópico entre yo y ello ha perdido mucho de su valor para nuestra indagación. Un paso ulterior en nuestra experiencia analítica nos lleva a resistencias de otra índole, que ya no podemos localizar y que parecen depender de constelaciones fundamentales dentro del aparato anímico. Sólo puedo ofrecer algunas muestras de ese género, pues todo este campo es todavía ajeno y enmarañado, no está bien explorado. Por ejemplo, uno encuentra personas a quienes atribuiría una particular «viscosidad de la libido».<sup>23</sup> Los procesos que la cura inicia

22 [Véase una nota mía a pie de página en *Moisés y la religión monoteísta* (1939a), *supra*, págs. 98-9.]

23 [Esta frase aparece en la 22ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, 16, pág. 317. Esta característica y la más generalizada «inercia psíquica» que a continuación se examina no siempre son tratadas por separado en los escritos previos de Freud. Doy una lista de pasajes en que se tocan estos temas en «Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica» (1915f), *AE*, 14, pág. 272n.]

en ellas transcurren mucho más lentamente que en otras, porque, según parece, no pueden decidirse a desasir investiduras libidinales de un objeto y desplazarlas a uno nuevo, aunque no se encuentren particulares razones para tal fidelidad a las investiduras. También uno se topa con el tipo contrapuesto, en que la libido aparece dotada de una especial movilidad, entra con rapidez en las investiduras nuevas propuestas por el análisis y resigna a cambio las anteriores. Es un distinguo como el que podría registrar el artista plástico según trabaje con piedra dura o con blanda arcilla. Por desdicha, los resultados analíticos en este segundo tipo suelen ser muy lábiles: las investiduras nuevas se abandonan muy pronto, y uno recibe la impresión, no de haber trabajado con arcilla, sino de haber escrito en el agua. Vale aquí la admonición: «Lo que pronto se gana, más rápido se pierde».

En otro grupo de casos, uno es sorprendido por una conducta que no puede referir sino a un agotamiento de la plasticidad, de la capacidad para variar y para seguir desarrollándose, que de ordinario se espera. Sin duda que en el análisis estamos preparados para hallar cierto grado de inercia psíquica; cuando el trabajo analítico ha abierto caminos nuevos a la moción pulsional, se observa casi siempre que no se los emprende sin una nítida vacilación. A esta conducta la hemos designado, de manera quizá no del todo correcta, «resistencia del ello».<sup>24</sup> Pero en los casos que ahora consideramos, todos los decursos, vínculos y distribuciones de fuerza prueban ser inmutables, fijos, petrificados. En gente de edad muy avanzada, a esto uno lo halla explicable por la llamada «fuerza de la costumbre», el agotamiento de la capacidad receptiva –una suerte de entropía psíquica–;<sup>25</sup> pero aquí se trata de individuos todavía jóvenes. Nuestra preparación teórica parece insuficiente para concebir correctamente los tipos que responden a esa descripción; tal vez intervengan unos caracteres temporales, variaciones, dentro de la vida psíquica, de un ritmo de desarrollo que todavía no ha sido apreciado.

Acaso provengan de una base diversa, más honda aún, las diferencias yoicas a las cuales, en un grupo más amplio de casos, cabe inculpar como fuentes de la resistencia a la cura analítica e impedimentos del éxito terapéutico. Aquí entra en juego lo último que la exploración psicológica es capaz de discernir: la conducta de las

24 [Cf. el «Apéndice A» de *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), *AE*, 20, pág. 150..]

25 [Al mismo símil se acude en un pasaje del historial clínico del «Hombre de los Lobos» (1918b), donde se considera este mismo rasgo psicológico (*AE*, 17, págs. 105-6).]

dos pulsiones primordiales, su distribución, mezcla y desmezcla, cosas estas que no se deben representar limitadas a una sola provincia del aparato anímico (ello, yo o superyó). Durante el trabajo analítico no hay impresión más fuerte de las resistencias que la de una fuerza que se defiende por todos los medios contra la curación y a toda costa quiere aferrarse a la enfermedad y el padecimiento. A una parte de esa fuerza la hemos individualizado, con acierto sin duda, como conciencia de culpa y necesidad de castigo, y la hemos localizado en la relación del yo con el superyó. Pero se trata sólo de aquella parte que ha sido, por así decir, psíquicamente ligada por el superyó, en virtud de lo cual se tienen noticias de ella; ahora bien: de esa misma fuerza pueden estar operando otros montos, no se sabe dónde, en forma ligada o libre. Si uno se representa en su totalidad el cuadro que componen los fenómenos del masoquismo inmanente de tantas personas, la reacción terapéutica negativa y la conciencia de culpa de los neuróticos, no podrá ya sustentar la creencia de que el acontecer anímico es gobernado exclusivamente por el afán de placer. Estos fenómenos apuntan de manera inequívoca a la presencia en la vida anímica de un poder que, por sus metas, llamamos *pulsión de agresión o destrucción* y derivamos de la pulsión de muerte originaria, propia de la materia animada. No cuenta aquí una oposición entre teoría optimista y pesimista de la vida; sólo la acción eficaz conjugada y contraria<sup>26</sup> de las dos pulsiones primordiales, Eros y pulsión de muerte, explica la variedad de los fenómenos vitales, nunca una sola de ellas.

De qué manera sectores de las dos variedades pulsionales se conjugan entre sí para la ejecución de las diversas funciones vitales; bajo qué condiciones tales reuniones se aminoran o descomponen; qué perturbaciones corresponden a esas alteraciones, y con qué sensaciones responde a ellas la escala perceptiva del principio de placer: poner en claro todo ello sería la tarea más lucrativa de la investigación psicológica. Provisionalmente nos inclinamos frente al hiperpoder de las potencias ante las cuales vemos naufragar nuestros empeños. Ya conseguir influjo psíquico sobre el masoquismo simple pone a dura prueba nuestro poder.

En el estudio de los fenómenos que prueban el quehacer de la pulsión de destrucción no estamos limitados a observaciones de material patológico. Numerosos hechos de la vida anímica normal exigen una explicación así, y cuanto más se

26 [Era esta una de las frases favoritas de Freud. Se la hallará, verbigracia, en el primer párrafo de *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 4, pág. 29. Tal predilección refleja su fidelidad a una «intuición básica dualista», como la llama en *El yo y el ello* (1923b), AE, 19, pág. 47. Cf. también *infra*, págs. 247-8.]

aguce nuestra mirada, tanto más abundantes habrán de parecernos. Es un tema demasiado nuevo e importante como para tratarlo en esta elucidación de pasada; me limitaré a espigar unas pocas muestras.

Valga lo siguiente como ejemplo. Es notorio que en todas las épocas existieron, y existen todavía, hombres que pueden tomar como objeto sexual a personas de su mismo sexo tanto como del otro. Los llamamos «bisexuales», señalamos su existencia sin asombrarnos mucho por ello. Pero hemos aprendido que todos los seres humanos son bisexuales en ese sentido; que distribuyen su libido, de manera manifiesta o latente, entre objetos de ambos sexos. Sólo que algo nos llama la atención sobre esto. Mientras que en el primer caso las dos orientaciones se han conciliado sin recíproco choque, en el otro y más frecuente caso se hallan en el estado de un conflicto no conciliado. La heterosexualidad de un varón no tolera ninguna homosexualidad, y lo mismo a la inversa. Si la primera es la más fuerte, consigue mantener latente a la segunda y la esfuerza a apartarse {*abdrängen*} de la satisfacción real; por otra parte, no hay mayor peligro para la función heterosexual de un varón que su perturbación por la homosexualidad latente. Se podría ensayar la explicación de que sólo se dispone de un monto preciso de libido, por el cual se ven obligadas a luchar las dos orientaciones que rivalizan entre sí; pero no se intelige por qué los rivales no se reparten el monto disponible de libido según su fuerza relativa, como en muchos casos pueden hacerlo. Uno tiene toda la impresión de que la inclinación al conflicto es algo particular, algo nuevo que viene a sumarse a la situación, independientemente de la cantidad de libido. Y semejante inclinación al conflicto, que aparece de manera independiente, difícilmente se pueda reducir a otra cosa que a la injerencia de un fragmento de agresión libre.

Si el caso aquí elucidado se reconoce como una exteriorización de la pulsión de destrucción o de agresión, se plantea enseguida este problema: si no se debería extender esta misma concepción a otros ejemplos de conflicto, y, más aún, si todo nuestro saber sobre el conflicto psíquico en general no debería revisarse desde este nuevo punto de vista. Es que suponemos que en el camino de desarrollo desde el primitivo al hombre de cultura sobreviene una muy considerable interiorización, una vuelta hacia adentro de la agresión, y los conflictos internos serían sin duda el equivalente exacto de las luchas externas así suspendidas. Sé perfectamente bien que la teoría dualista que pretende poner una pulsión de muerte, de destrucción o

de agresión como copartícipe con iguales derechos junto a Eros, que se da a conocer en la libido, ha hallado en general poco eco y en verdad no se ha abierto paso ni siquiera entre los psicoanalistas. Por ello mismo debía regocijarme el reencontrar nuestra teoría, no hace mucho tiempo, en uno de los grandes pensadores de la aurora griega. A esta corroboración sacrifico de buena gana el prestigio de la originalidad, tanto más cuanto que, dada la extensión de mis lecturas en años tempranos, nunca puedo estar seguro de que mi supuesta creación nueva no fuera una operación de la criptomnesia.<sup>27</sup>

Empédocles de Acragas (Girgenti),<sup>28</sup> nacido hacia 495 a. C, aparece como una de las figuras más grandiosas y asombrosas de la historia de la cultura griega. Su multifacética personalidad se afirmó en las más diversas orientaciones; fue investigador y pensador, profeta y mago, político, filántropo y médico naturista; de él se cuenta que libró de la malaria a la ciudad de Selinonte, y sus contemporáneos lo veneraban como a un dios. Su espíritu parece haber reunido dentro de sí los más tajantes opuestos; exacto y sobrio en sus investigaciones físicas y fisiológicas, no retrocede ante una oscura mística, y edifica una especulación cósmica de una osadía asombrosamente fantástica. Capelle lo compara con el doctor Fausto, «a quien tantos secretos fueron revelados».<sup>29</sup> Nacido en una época en que el reino del saber no se fragmentaba aún en tantas provincias, muchas de sus doctrinas no pueden sino sonarnos primitivas. Explicó la diversidad de las cosas por unas mezclas de los cuatro elementos: tierra, agua, fuego y aire; creyó en el carácter animado de la naturaleza entera, y en la transmigración de las almas; pero también entran en su edificio doctrinal ideas tan modernas como un desarrollo por etapas de los seres vivos, la supervivencia de los más aptos y el reconocimiento del papel del azar en ese desarrollo.

Pero aquí merece nuestro interés aquella doctrina de Empédocles tan próxima a la teoría psicoanalítica de las pulsiones que uno está tentado de afirmar que ambas serían idénticas, si no mediara el distingo de que la del griego es una fantasía cósmica, mientras que la nuestra se ciñe a pretender una validez biológica. Es cierto que

27 [Se hallarán algunas puntualizaciones sobre esto en «Josef Popper-Lynkeus y la teoría del sueño» (1923f), *AE*, 19, págs. 281 y 283n.]

28 {Llamada Agrigento en la época moderna.} Para lo que sigue me he basado en una obra de Wilhelm Capelle (1935).

29 [Tomado, con modificaciones, del primer parlamento de Fausto en la obra de Goethe (parte I, escena 1). {El párrafo reza así: «... me entregué a la magia pensando si, por fuerza del espíritu o por su misma boca, algún secreto me fuera revelado»}.]

sustraer a esta diferencia buena parte de su significado la circunstancia de que Empédocles atribuyera al universo el mismo carácter animado que al ser vivo singular.

El filósofo enseña, pues, que existen dos principios del acontecer así en la vida del mundo como en la del alma, dos principios que mantienen eterna lucha entre sí. Los llama *amor* y *discordia*. Uno de estos poderes, que en el fondo son para él «unas fuerzas naturales de eficiencia pulsional, en modo alguno unas inteligencias concientes de fines»,<sup>30</sup> aspira a aglomerar en una unidad las partículas primordiales de los cuatro elementos; el otro, al contrario, quiere deshacer todas esas mezclas y separar entre sí esas partículas primordiales. Empédocles concibe al proceso del mundo como una alternancia continuada, que nunca cesa, de períodos en que una u otra de las dos fuerzas fundamentales conquista la victoria, de suerte que una vez el amor y la vez siguiente la discordia imponen de manera plena su propósito y gobiernan al mundo, tras lo cual la otra parte, la derrotada, se recobra y a su turno vence al copartícipe.

Los dos principios básicos de Empédocles, (*amor* y *discordia*), son, por su nombre y por su función, lo mismo que nuestras dos pulsiones primordiales, Eros y destrucción, empeñada la una en reunir lo existente en unidades más y más grandes, y la otra en disolver esas reuniones y en destruir los productos por ellas generados. Mas no ha de asombrarnos que esta teoría haya reaparecido alterada luego de dos mil quinientos años. Aun si prescindimos de la limitación a lo biopsíquico, que nos es impuesta, nuestras sustancias básicas ya no son los cuatro elementos de Empédocles; la vida se ha separado para nosotros tajantemente de lo inanimado, ya no pensamos en una mezcla y un divorcio de partículas de sustancia, sino en una soldadura y una desmezcla de componentes pulsionales. Por otra parte, en cierta medida hemos dado infraestructura biológica al principio de la «discordia» reconduciendo nuestra pulsión de destrucción a la pulsión de muerte, el esfuerzo de lo vivo por regresar a lo inerte. Esto no pone en entredicho que una pulsión análoga pueda haber existido ya antes, y desde luego no pretende afirmar que una pulsión así se ha engendrado sólo con la aparición de la vida. Y nadie puede prever bajo qué vestidura el núcleo de verdad de la doctrina de Empédocles habrá de mostrarse a una intelección posterior.<sup>31</sup>

<sup>30</sup> Capelle, 1935, pág. 186.

<sup>31</sup> Freud volvió a mencionar a Empédocles en una nota del Esquema del psicoanálisis (1940a), *supra*, pág. 147, n. 2. – Hizo algunas otras consideraciones sobre la pulsión de destrucción en una carta escrita poco después de este trabajo a la princesa Marie Bonaparte, de la cual reproduzco un fragmento en

## VII

Una conferencia de rico contenido, pronunciada por S. Ferenczi en 1927, «El problema de la terminación de los análisis»,<sup>32</sup> concluye con esta consoladora seguridad: «...el análisis no es un proceso sin término, sino que puede ser llevado a un cierre natural si el analista tiene la pericia y paciencia debidas». Opino que ese trabajo equivale más bien a una advertencia de no poner como meta del análisis su abreviación, sino su profundización. Ferenczi añade todavía la valiosa puntualización de que es igualmente decisivo para el éxito que el analista haya aprendido bastante de sus propios «yerros y errores», y cobrado imperio sobre los «puntos débiles de su propia personalidad». Esto proporciona un importante complemento para nuestro tema. No sólo la complejión yoica del paciente: también la peculiaridad del analista demanda su lugar entre los factores que influyen sobre las perspectivas de la cura analítica y dificultan esta tal como lo hacen las resistencias.

Es indiscutible que los psicoanalistas no han alcanzado por entero en su propia personalidad la medida de normalidad psíquica en que pretenden educar a sus pacientes. Opositores del análisis suelen señalar en son de burla ese hecho y emplearlo como argumento para demostrar la inutilidad del empeño analítico. Uno podría rechazar esta crítica como reclamo ilegítimo. Los analistas son personas que han aprendido a ejercer un arte determinado y, junto a ello, tienen derecho a ser hombres como los demás. En otro orden, nadie afirma que un individuo es inepto como médico para enfermedades internas si sus propios órganos internos no están sanos; al contrario, se puede hallar cierta ventaja en que alguien amenazado de tuberculosis se especialice en el tratamiento de tuberculosos. Sin embargo, no son iguales los casos. Al médico enfermo de los pulmones o del corazón, siempre que haya conservado la capacidad de trabajar, su condición de enfermo no lo estorbará en el diagnóstico ni en la terapia de las afecciones internas, mientras que el analista, a consecuencia de las particulares condiciones del trabajo analítico, será efectivamente estorbado por sus propios defectos para asir de manera correcta las constelaciones del paciente y reaccionar ante ellas con arreglo a fines. Por tanto, tiene su buen sentido que al analista se le exija, como parte de su prueba de aptitud, una medida más alta de normalidad y de corrección anímicas; y a esto se suma

mi «Introducción» a *El malestar en la cultura* (1930a), AE, 21, pág. 63.]

32 [En el Congreso Psicoanalítico de Innsbruck; fue publicada al año siguiente.]

que necesita de alguna superioridad para servir al paciente como modelo en ciertas situaciones analíticas, y como maestro en otras. Por último, no se olvide que el vínculo analítico se funda en el amor por la verdad, es decir, en el reconocimiento de la realidad objetiva, y excluye toda ilusión y todo engaño.

Detengámonos un momento para asegurar al analista nuestra simpatía sincera por tener que cumplir él con tan difíciles requisitos en el ejercicio de su actividad. Y hasta pareciera que analizar sería la tercera de aquellas profesiones «imposibles» en que se puede dar anticipadamente por cierta la insuficiencia del resultado. Las otras dos, ya de antiguo consabidas, son el educar y el gobernar.<sup>33</sup> No puede pedirse, es evidente, que el futuro analista sea un hombre perfecto antes de empeñarse en el análisis, esto es, que sólo abracen esa profesión personas de tan alto y tan raro acabamiento. Entonces, ¿dónde y cómo adquiriría el pobre diablo aquella aptitud ideal que le hace falta en su profesión? La respuesta rezará: en el análisis propio, con el que comienza su preparación para su actividad futura. Por razones prácticas, aquel sólo puede ser breve e incompleto; su fin principal es posibilitar que el didacta juzgue si se puede admitir al candidato para su ulterior formación. Cumple su cometido si instila en el aprendiz la firme convicción en la existencia de lo inconciente, le proporciona las de otro modo increíbles percepciones de sí a raíz de la emergencia de lo reprimido, y le enseña, en una primera muestra, la técnica únicamente acreditada en la actividad analítica. Esto por sí solo no bastaría como instrucción, pero se cuenta con que las incitaciones recibidas en el análisis propio no han de finalizar una vez cesado aquel, con que los procesos de la recomposición del yo continuarán de manera espontánea en el analizado y todas las posteriores experiencias serán aprovechadas en el sentido que se acaba de adquirir. Ello en efecto acontece, y en la medida en que acontece otorga al analizado aptitud de analista.

Es lamentable que además de ello acontezca otra cosa todavía. Cuando quiere describirlo, uno sólo puede basarse en ciertas impresiones. Hostilidad por un lado, partidismo por el otro, crean una atmósfera que no es favorable a la exploración objetiva. Parece, pues, que numerosos analistas han aprendido a aplicar unos mecanismos de defensa que les permiten desviar de la persona propia ciertas consecuencias y exigencias del análisis, probablemente dirigiéndolas a otros, de suerte que ellos mismos siguen siendo como son y pueden sustraerse del influjo crítico y

33 [Hay un párrafo similar en el «Prólogo» a un libro de Aichhorn (Freud, 1925f), AE, 19, pág. 249.]

rectificador de aquel. Acaso este hecho da razón al poeta cuando nos advierte que, si a un hombre se le confiere poder, difícil le resultará no abusar de ese poder.<sup>34</sup> Entretanto, a quien se empeña en entender esto se le impone la desagradable analogía con el efecto de los rayos X cuando se los maneja sin particulares precauciones. No sería asombroso que el hecho de ocuparse constantemente de todo lo reprimido que en el alma humana pugna por libertarse conmoviera y despertara también en el analista todas aquellas exigencias pulsionales que de ordinario él es capaz de mantener en la sofocación. También estos son «peligros del análisis», que por cierto no amenazan al copartícipe pasivo, sino al copartícipe activo de la situación analítica, y no se debería dejar de salirles al paso. En cuanto al modo, no pueden caber dudas. Todo analista debería hacerse de nuevo objeto de análisis periódicamente, quizá cada cinco años, sin avergonzarse por dar ese paso. Ello significaría, entonces, que el análisis propio también, y no sólo el análisis terapéutico de enfermos, se convertiría de una tarea terminable {finita} en una interminable {infinita}.

No obstante, es tiempo de aventar aquí un malentendido. No tengo el propósito de aseverar que el análisis como tal sea un trabajo sin conclusión. Comoquiera que uno se formule esta cuestión en la teoría, la terminación de un análisis es, opino yo, un asunto práctico. Todo analista experimentado podrá recordar una serie de casos en que se despidió del paciente para siempre «*rebus bene gestis*».<sup>35</sup> Mucho menos se distancia la práctica de la teoría en casos del llamado «análisis del carácter». Aquí no se podrá prever fácilmente un término natural, por más que uno evite expectativas exageradas y no pida del análisis unas tareas extremas. Uno no se propondrá como meta limitar todas las peculiaridades humanas en favor de una normalidad esquemática, ni demandará que los «analizados a fondo» no registren pasiones ni puedan desarrollar conflictos internos de ninguna índole. El análisis debe crear las condiciones psicológicas más favorables para las funciones del yo; con ello quedaría tramitada su tarea.

## VIII

Tanto en los análisis terapéuticos como en los de carácter es llamativo el hecho de que dos temas se destaquen en particular y den guerra al analista en medida

34 Anatole France, *La révolte des anges*.

35 {«porque las cosas anduvieron bien».}

desacostumbrada. No pasa mucho tiempo sin que se reconozca lo acorde a ley que ahí se exterioriza. Los dos temas están ligados a la diferencia entre los sexos; uno es tan característico del hombre como lo es el otro de la mujer. A pesar de la diversidad de su contenido, son correspondientes manifiestos. Algo que es común a ambos sexos ha sido comprimido, en virtud de la diferencia entre los sexos, en una forma de expresión otra.

Esos dos temas en recíproca correspondencia son, para la mujer, la *envidia del pene* –el positivo querer-alcanzar la posesión de un genital masculino–, y para el hombre, la revuelta contra su actitud pasiva o femenina hacia otro hombre. Eso común ha sido destacado muy temprano en la nomenclatura psicoanalítica como conducta frente al complejo de castración, y más tarde Alfred Adler ha impuesto el uso de la designación, enteramente acertada para el caso del hombre, de «protesta masculina»;<sup>36</sup> yo creo que «desautorización de la feminidad» habría sido desde el comienzo la descripción correcta de este fragmento tan asombroso de la vida anímica de los seres humanos.

En el intento de articularlo dentro de nuestro edificio doctrinal teórico, no se podría descuidar que este factor, por su naturaleza, no admite la misma colocación en ambos sexos. En el varón la aspiración de masculinidad aparece desde el comienzo mismo y es por entero acorde con el yo; la actitud pasiva, puesto que presupone la castración, es enérgicamente reprimida, y muchas veces sólo unas sobrecompensaciones excesivas señalan su presencia. También en la mujer el querer-alcanzar la masculinidad es acorde con el yo en cierta época, a saber, en la fase fálica, antes del desarrollo hacia la feminidad. Pero luego sucumbe a aquel sustantivo proceso de represión, de cuyo desenlace, como a menudo se ha expuesto, dependen los destinos de la feminidad.<sup>37</sup> Mucho importa, para estos, que se haya sustraído de la represión en bastante medida el complejo de masculinidad, influyendo de manera permanente sobre el carácter; grandes sectores del complejo son trasmudados de manera normal para contribuir a la edificación de la feminidad; del insaciable deseo del pene devendrán el deseo del hijo y del varón, portador del pene. Pero con insólita frecuencia hallaremos que el deseo de masculinidad se ha conservado en lo inconciente y despliega desde la represión sus efectos perturbadores.

36 [Cf. Adler, 1910.]

37 [Véase, por ejemplo, «Sobre la sexualidad femenina» (1931b), *AE*, 21, págs. 231-2.]

Como se advierte por lo dicho, lo que en ambos casos cae bajo la represión es lo propio del sexo contrario. Ya he mencionado en otro lugar<sup>38</sup> que este punto de vista me fue expuesto en su tiempo por Wilhelm Fliess, quien se inclinaba a declarar que la oposición entre los sexos era la ocasión genuina y el motivo primordial de la represión. No hago más que repetir mi discrepancia de entonces si desautorizo sexualizar la represión de esa manera, vale decir, fundarla en lo biológico en vez de hacerlo en términos puramente psicológicos.

La sobresaliente significatividad de ambos temas –el deseo del pene en la mujer y la revuelta contra la actitud pasiva en el varón– no ha escapado a la atención de Ferenczi. En su conferencia de 1927 plantea, para todo análisis exitoso, el requisito de haber dominado esos dos complejos.<sup>39</sup> Por experiencia propia yo agregaría que hallo a Ferenczi demasiado exigente en este punto. En ningún momento del trabajo analítico se padece más bajo el sentimiento opresivo de un empeño que se repite infructuosamente, bajo la sospecha de «predicar en el vacío», que cuando se quiere mover a las mujeres a resignar su deseo del pene por irrealizable, y cuando se pretende convencer a los hombres de que una actitud pasiva frente al varón no siempre tiene el significado de una castración y es indispensable en muchos vínculos de la vida. De la sobrecompensación desafiante del varón deriva una de las más fuertes resistencias transferenciales. El hombre no quiere someterse a un sustituto del padre, no quiere estar obligado a agradecerle, y por eso no quiere aceptar del médico la curación. No puede establecerse una transferencia análoga desde el deseo del pene de la mujer; en cambio, de esa fuente provienen estallidos de depresión grave, por la certeza interior de que la cura analítica no servirá para nada y de que no es posible obtener remedio. No se le hará injusticia si se advierte que la esperanza de recibir, empero, el órgano masculino que echa de menos dolidamente fue el motivo más intenso que la esforzó a la cura.

Pero de ahí uno aprende que no es importante la forma en que se presenta la resistencia, si como transferencia o no. Lo decisivo es que la resistencia no permite

38 «Pegan a un niño» (1919e) [AE, 17, págs. 196 y sigs. En verdad, a Fliess no se lo menciona por su nombre en ese trabajo.]

39 «... todo paciente masculino tiene que alcanzar un sentimiento de ecuanimidad con el médico, como signo de que ha superado la angustia de castración; y todas las enfermas mujeres, para que su neurosis pueda considerarse íntegramente tramitada, tienen que liquidar su complejo de masculinidad y aceptar sin resentimiento las consecuencias del papel femenino». (Ferenczi, 1928, pág. 8.)

que se produzca cambio alguno, que todo permanece como es. A menudo uno tiene la impresión de haber atravesado todos los estratos psicológicos y llegado, con el deseo del pene y la protesta masculina, a la «roca de base» y, de este modo, al término de su actividad. Y así tiene que ser, pues para lo psíquico lo biológico desempeña realmente el papel del basamento rocoso subyacente. En efecto, la desautorización de la feminidad no puede ser más que un hecho biológico, una pieza de aquel gran enigma de la sexualidad.<sup>40</sup> Difícil es decir si en una cura analítica hemos logrado dominar este factor, y cuándo lo hemos logrado. Nos consolamos con la seguridad de haber ofrecido al analizado toda la incitación posible para reexaminar y variar su actitud frente a él.

\* Texto de orientación para las 32J sugerido por J-A. Miller

<sup>40</sup> La designación «protesta masculina» no debe inducir al error de suponer que la desautorización del varón recaiga sobre la actitud pasiva, sobre el aspecto por así decir social de la feminidad. Lo contradice la observación, fácil de corroborar, de que tales hombres suelen exhibir una conducta masoquista hacia la mujer, una lisa y llana servidumbre. El hombre sólo se defiende de la pasividad frente al hombre, no de la pasividad en general. En otras palabras; la «protesta masculina» no es de hecho otra cosa que una angustia de castración. [A la «servidumbre sexual» del hombre ya había aludido Freud en «El tabú de la virginidad» (1918a), AE, 11, pág. 190.]

# CÓMO TIENE ÉXITO EL PSICOANÁLISIS

#32 JORNADAS ANUALES DE LA EOL

## DIRECTORAS

Celeste Viñal  
Silvia Chichilnitzky

## CARTEL EPISTÉMICO

Blanca Sánchez  
Lisa Erbin  
Nieves Soria  
Esteban Stringa  
**más-uno:** Silvia Pino